
¿Un mundo sin fronteras?

Inmigración mexicana, fronteras interiores y transnacionalismo en Estados Unidos

Dr. Alejandro I. Canales

acanales@ucea.udg.mx

Israel Montiel Armas

imontiel@ucea.udg.mx

Centro de Estudios de Población
Departamento de Estudios Regionales-INESER
Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas
Universidad de Guadalajara

Guadalajara, Jalisco, Enero de 2005



¿Un mundo sin fronteras?

Inmigración mexicana, fronteras interiores y transnacionalismo en Estados Unidos

Alejandro I. Canales
Israel Montiel Armas
Universidad de Guadalajara

Introducción

Pasear por determinadas zonas de cualquier gran ciudad occidental, como el *Raval* en Barcelona, *East LA* en Los Ángeles o *Brixton* en Londres, sin duda provoca una sensación peculiar en el visitante no avezado: la mayor parte de las personas con las que se cruce pertenecen a etnias procedentes de otras partes del mundo, hablan lenguas ininteligibles e incluso a veces visten de forma pintoresca con total naturalidad, porque de hecho ése es “su barrio” y es el visitante el que parece fuera de contexto. Tal sensación no la producen tan sólo la fisonomía y las maneras de sus vecinos, sino que toda la morfología del lugar, desde la apariencia de los comercios y los productos que expenden hasta los mismos olores y colores que se perciben, no se corresponde con lo que habitualmente se considera autóctono. Lo más relevante del caso es que estos barrios no son una curiosidad para turistas ávidos de imágenes exóticas para sus fotografías (aunque también) o una especie de parques temáticos que muestren en vivo como es la vida cotidiana en otras partes del planeta: aunque ese visitante pudiera tener la impresión de haberse trasladado inadvertidamente a otro continente, en realidad lo que observa es un barrio típico del Occidente globalizado, tan autóctono como cualquier otro e irrepetible fuera del Primer Mundo.

En realidad tal experiencia no supone una singularidad propia del mundo actual. Las numerosas *Chinatowns* y *Little Italies* esparcidas por todo el mundo, y que acostumbran a ser de los barrios más antiguos y con más solera de las ciudades que las acogen, demuestran que las migraciones internacionales no son un fenómeno de reciente aparición. Si bien a menudo se olvida interesadamente, su historia es tan antigua como la propia existencia humana sobre la Tierra o, para ser más precisos con los términos, se remonta a la aparición de las primeras fronteras internacionales¹. De hecho, con la única excepción de los denominados países de poblamiento (Estados Unidos, Canadá, Argentina, Australia y Nueva Zelanda principalmente), todos los países occidentales y Japón expulsaron contingentes considerables de población hasta bien entrado el Siglo XX, siendo hasta ese momento el origen de la mayor parte de la emigración internacional. Incluso países tan desarrollados en la actualidad como Italia, España o Irlanda continuaron siendo el foco de importantes emigraciones hasta hace unos treinta años, lo que también se olvida frecuentemente². En todo caso, si algo distinguiría la situación actual en relación a épocas anteriores es que las migraciones internacionales no sólo se han intensificado, sino que también se han *extensificado*, de tal modo que mientras en los últimos decenios

¹ Para hacer frente a los tópicos que circulan en relación al supuesto incremento explosivo de las migraciones en los últimos años, Tapinos y Delaunay (2000) destacan en un interesante artículo las pautas de continuidad de la emigración internacional a lo largo del tiempo y sostienen que la situación actual no es sustancialmente diferente de la de épocas anteriores. Para el caso de México, Durand y Massey (2003) analizan en su último libro las pautas de continuidad de la emigración mexicana hacia Estados Unidos durante los últimos cien años.

² No podemos evitar la tentación cinéfila de citar la película italiana *Lamerica* (1994), de Gianni Amelio, ambientada a principios de los años noventa en Albania en los días en que miles de albaneses se embarcaron rumbo al sur de Italia para acabar siendo concentrados en el estadio de Bari y posteriormente deportados. Un desertor italiano que perdió la razón durante la Segunda Guerra Mundial y que ha vivido recluido desde entonces en una cárcel albanesa recupera la libertad en medio de la confusión y, creyendo que está en su Sicilia natal durante los años cuarenta y que la gente está emigrando hacia Estados Unidos, también se embarca. El mensaje del director, que no olvida sus orígenes, a sus compatriotas está claro: esos albaneses harapientos e ilusionados por empezar una nueva vida a los que tantos italianos rechazan sin conmiseración son como un espejo que reflejara su propia imagen cincuenta años atrás.

los países occidentales han reducido su contribución a los flujos emigratorios, éstos se han diversificado en sus orígenes, destinos y tipos como resultado del cúmulo de procesos que denominamos globalización³.

Las dinámicas migratorias, a su vez, refuerzan y tornan irreversible la interdependencia entre países que caracteriza la globalización, de tal modo que cada una de las rutas migratorias que enlazan de manera regular un país de origen con otro de destino se consolida progresivamente. Según el mecanismo que D. Massey ha denominado de *causalidad acumulada*⁴, cada movimiento migratorio establece las condiciones para nuevas migraciones de las personas con las que ese migrante esté relacionado. Es por ello que cuando una ruta se ha asentado los incrementos dejan de ser lineales y adquieren un carácter exponencial, creando así vínculos estrechos entre ambos países en un proceso que se retroalimenta sin interrupción. Un somero repaso a las cifras de movimientos migratorios desde 1973 hasta la fecha⁵ confirma la existencia de flujos de población de este tipo entre la Cuenca del Caribe (México, Centroamérica y las Antillas) y Estados Unidos, entre el Magreb y algunos países europeos mediterráneos (Francia, Italia y España), entre el Indostán y el Reino Unido, entre el Sudeste Asiático y Australia o entre el resto de China y la provincia de Guangdong (aunque no sea propiamente un flujo internacional), por citar tan sólo algunos de los ejemplos más notorios y que muestran hasta que punto este fenómeno se ha extendido por todo el globo.

La experiencia nos muestra que en todos estos casos los primeros movimientos de población son el detonante de un crecimiento de los intercambios de todo tipo entre ambos países: los inmigrantes regresan a sus países de origen a pasar las vacaciones y reciben visitas de sus parientes y amigos, envían a sus hogares bienes adquiridos en el país de acogida pero a su vez consumen bienes producidos en su país que deben ser importados, transfieren remesas a su país e informan de las oportunidades de empleo para nuevos migrantes y a su vez reciben información de los acontecimientos que afectan a sus familias y toman decisiones al respecto, y así podríamos seguir citando ejemplos de una red de intercambios que se va haciendo cada vez más tupida. Por otro lado, para atender este incremento de los intercambios se desarrolla toda una infraestructura de comunicaciones y transportes (establecimiento y ampliación de los vuelos regulares, mejora de los sistemas de telecomunicaciones, creación de mecanismos de transferencias monetarias) que, a su vez, facilita nuevos movimientos migratorios, lo que genera la aparición de lo que podríamos denominar *circuitos migratorios* entre ambos países. Por tanto, una de las características de la migración hoy en día es que ya no se limita a un flujo de personas, sino que crecientemente impulsa un no menos importante flujo de bienes materiales y simbólicos, información, capitales y valores culturales entre los territorios enlazados por estos circuitos migratorios. Una consecuencia importante de ello es que esta interconexión puede alcanzar tal extensión y profundidad que los países de origen y de destino de la migración pasan a conformar un binomio que en la práctica funciona como un sistema integrado. De hecho, a pesar de ser un factor con un origen externo, la inmigración adquiere una influencia creciente sobre la evolución de elementos clave de la estructura de los países de acogida como son su pirámide demográfica o las características de la oferta en el mercado de trabajo.

³ Sin entrar en consideraciones respecto al debate que suscita la interpretación del fenómeno de la globalización, y que incluso afecta al mismo nombre que debería recibir ésta, adoptamos el término más extendido y aceptado en el ámbito académico para referirse al conjunto de procesos que están intensificando las relaciones sociales y la interdependencia a escala planetaria. Con respecto a la interrelación entre globalización y migraciones internacionales se puede hallar una visión de conjunto en Castles y Miller (2003) y en Sassen (1998), en especial la sección I.

⁴ Un término adaptado de las aportaciones de Gunnar Myrdal (1958), quien identificó como *causación circular acumulativa* el conjunto de procesos que perpetúan el subdesarrollo.

⁵ Aunque cualquier elección de fechas a la hora de separar las etapas de un proceso histórico acostumbra a tener un componente arbitrario importante, los expertos coinciden en señalar que la fase actual de la migración como fenómeno histórico, caracterizada por el predominio como origen de países de reciente industrialización y del Tercer Mundo, su diversidad e irregularidad crecientes y su destino laboral en las actividades y ocupaciones más afectadas por la flexibilización y desregulación de la actividad económica, así como en algunos servicios personales y comunitarios no calificados que han experimentado un gran auge en los últimos años (cuidado de personas dependientes, establecimientos de "comida y bebida", actividades de mantenimiento...), se inicia con la crisis energética de 1973 y la consiguiente reestructuración del modelo productivo que desembocó en la conversión de los países occidentales en sociedades postindustriales. Precisamente, el carácter predominantemente laboral de la migración internacional justifica plenamente esta equiparación entre las distintas etapas de la evolución del sistema capitalista mundial y las fases históricas de la migración internacional. Más adelante retomaremos este tema.

El caso del conjunto formado por México y Estados Unidos sería el ejemplo por antonomasia de este fenómeno en su fase avanzada: la emigración mexicana hacia Estados Unidos ha alcanzado una masa crítica tal, en términos del porcentaje que los migrantes mexicanos representan sobre la población total de cada uno de los dos países, que la interdependencia entre ambos se extiende hasta el núcleo sensible de su estructura socioeconómica⁶, de tal forma que los límites administrativos que separan a ambos países quedan en cierta manera difuminados a causa de una realidad que los desborda inexorablemente. A una escala más reducida, la conurbación formada por Ciudad Juárez (Chihuahua, México) y El Paso (Texas, Estados Unidos), tan sólo separadas entre ellas por el Río Bravo pero aisladas del resto de sus respectivos países por el desierto, constituye algo parecido a un ensayo de laboratorio de esta integración extendida a todos los aspectos de la vida económica y social. Se trata de una auténtica ciudad binacional en la que cada mitad cumple una función indispensable para la supervivencia del conjunto. De hecho, la existencia de una frontera internacional no supone necesariamente una separación tajante, sino que más bien, al crear diferencias a uno y otro lado sienta las bases para que se genere una mayor integración gracias a la complementariedad que posibilitan esas diferencias.

Aunque en la mayor parte de los casos no se haya alcanzado todavía el grado de integración que se produce entre México y Estados Unidos, sí se pueden describir algunas de las características de este fenómeno con carácter general, si bien conviene tener en cuenta que el desarrollo y el resultado de este proceso serán diferentes en cada país en función de cuáles sean sus modelos de cohesión social, económica, política y cultural previos y, evidentemente, de las decisiones políticas que se adopten para afrontar las problemáticas ligadas a la inmigración internacional. Un ejemplo de la influencia de las especificidades de cada país en la integración de los inmigrantes lo constituye la importancia del sector informal en el conjunto de la economía: según cual sea su tamaño la inmigración tendrá un componente mayor o menor de inmigrantes indocumentados y, por tanto, su proceso de integración dentro de la sociedad de acogida también será diferente o, en otras palabras, más o menos conflictivo. Quizá no está de más recordar que en muchos países occidentales también existe una demanda de trabajo irregular que a menudo tiene que ser satisfecha por inmigrantes indocumentados, lo que constituye una de las principales causas de este tipo de migración.

En nuestro caso, a partir de la experiencia de la emigración mexicana hacia Estados Unidos, nos centramos en las repercusiones de la migración internacional en la era de la globalización para la pervivencia de las fronteras entre países. A continuación mostramos como este proceso tiene un carácter dual: a pesar de que las fronteras se difuminan en la práctica, se produce al mismo tiempo un endurecimiento de los controles fronterizos y a la inmigración, que empeora las condiciones de vida de los inmigrantes. Posteriormente analizamos como esta situación, junto con la segmentación en el mercado laboral propiciada por la reestructuración del modelo productivo y los procesos sociales de diferenciación (a los que denominamos fronteras interiores), convierten a los inmigrantes en un estrato poblacional caracterizado por la sobreexplotación laboral y la vulnerabilidad social. No obstante, no consideramos este fenómeno como un proceso de exclusión social sino como la forma que, en el contexto actual, adopta la inclusión en el caso de los inmigrantes. Por último, analizamos la aparición de comunidades transnacionales y el papel del transnacionalismo como un mecanismo que contribuye a la configuración de los migrantes en tanto sujeto social inserto en este contexto de diferenciación estructural.

⁶ A pesar de que la importancia estratégica de la emigración hacia Estados Unidos para la estabilidad socioeconómica del país es ampliamente reconocida en México, iniciativas como la Cláusula 187 en California, que restringía el acceso de los inmigrantes indocumentados a los servicios sociales de educación y salud y obligaba a los empleados de estos servicios a denunciarlos ante las autoridades migratorias, muestran que del otro lado de la frontera la opinión pública no considera que los beneficios de la migración sean recíprocos. El debate académico en Estados Unidos acerca del impacto en la economía norteamericana de la inmigración mexicana se decanta en favor de reconocer sus efectos positivos netos, pero esta convicción no se ha extendido todavía al debate político y a la opinión pública, donde hasta ahora predomina la posición contraria. Sin ir más lejos, a pesar de que la noticia ha quedado opacada por la relevancia de las elecciones presidenciales de noviembre del año pasado, coincidiendo con ellas se aprobó en referéndum una iniciativa similar a la californiana en el estado de Arizona. Siguiendo con las referencias cinematográficas, aunque no se pueda considerar una prueba científica quizá resultaría convincente para estos casos el documental de ficción *A Day Without a Mexican* (2004), del director mexicano radicado en Los Ángeles Sergio Arau, que pronostica los efectos catastróficos que tendría la súbita desaparición de los habitantes de origen mexicano para California.

Migración internacional y erosión de las fronteras tradicionales

Según la experiencia que nos brinda la migración mexicana hacia Estados Unidos, la aparición de binomios integrados por países de emigración (países de reciente industrialización, como México, y del Tercer Mundo) y países de inmigración (Occidente) tendría, entre otros, dos efectos destacados sobre la vigencia de las fronteras entre esos dos tipos de países: la creciente diversidad de los países de acogida, que muestra que las fronteras no los aíslan de otras partes de mundo, y la creciente integración entre países de origen y de destino.

1. El efecto más notorio de este proceso es que aumenta la diversidad étnica, cultural y lingüística de los países de acogida, que pasan a integrar en su fuero interno algunas de las características de los países de origen de la emigración. La zona del este de Los Ángeles a la que nos referíamos anteriormente reúne la mayor concentración de población de origen mexicano en Estados Unidos. De hecho su población es casi exclusivamente de ese origen y el español es prácticamente la única lengua que se oye hablar. Pero esta parte de la ciudad no constituye tan sólo algo similar a un pedazo de México injertado en Estados Unidos, sino que también es un tipo de barrio que se reproduce, con la misma composición y características, en muchas otras ciudades de dicho país. En otras palabras, el este de Los Ángeles no es sólo un barrio mexicano, sino que en la actualidad también es un barrio típico norteamericano. En la era de la globalización, de hecho, este tipo de barrios definidos por su origen migratorio no constituyen tan sólo un enclave étnico, sino una característica intrínseca de las ciudades globales.

Podría alegarse que en realidad lo que se produce en estos casos es un fenómeno de yuxtaposición sin mayores consecuencias, es decir, que las comunidades de inmigrantes crean subculturas autónomas con contactos epidérmicos con el resto de la sociedad, una situación que se desvanece progresivamente hasta la asimilación completa de ese grupo o que se enquistas y desemboca en la aparición de *ghettos* aislados del resto de la sociedad. De hecho, la tradición inmigratoria de Estados Unidos, con su asimilación constante de sucesivas oleadas de inmigrantes tras dos o tres generaciones, parecería avalar ese diagnóstico⁷. No obstante, un ejemplo nos permitirá ilustrar la importancia de la masa crítica de inmigrantes de un mismo origen a la que hemos hecho alusión anteriormente como factor de cambio en la sociedad de acogida.

Tras varias décadas recibiendo de forma creciente inmigrantes procedentes de América Latina, Estados Unidos se ha convertido en uno de los países con más hispanohablantes del mundo⁸. Si bien es cierto que en la actualidad la mayor parte de los norteamericanos no conocen ese idioma, es probable que en un futuro próximo el hecho de ser bilingüe sea un requisito poco menos que imprescindible para acceder a cualquier cargo de elección popular en muchos estados, que en el caso de Estados Unidos hay que recordar que es un mecanismo de elección que se extiende también a funciones de la administración local que en otros países occidentales son ejercidas por funcionarios, como jueces estatales, jefes de la policía local y otros. No es descabellado prever, por tanto, que en poco tiempo esa obligación tácita se extienda progresivamente a cualquier posición de carácter ejecutivo o técnico, de tal manera que el español llegue a compartir con el inglés la condición de lengua propia de Estados Unidos aunque no llegue a ser oficial. Como se puede apreciar, en este caso nos hayamos ante una alteración de la lógica tradicional de la asimilación, de tal manera que la inmigración se integra en la sociedad de acogida pero a su vez transforma profundamente su estructura social.

⁷ Para una exposición de la historia inmigratoria norteamericana véase Portes y Rumbaut (1997).

⁸ Según los datos del censo del 2000 un poco más de 28 millones de personas mayores de cinco años lo hablaban en casa (*U.S. Census Bureau, Population Division, Education & Social Stratification Branch*), un número que va en aumento y que próximamente convertirá a Estados Unidos en el segundo país en número de hispanohablantes tras México.

Precisamente, las reacciones contrarias de amplios sectores de la sociedad norteamericana ante la creciente presencia y el arraigo de hispanos, y que tienen su expresión intelectual más reciente en el ensayo de Samuel Huntington *Who are we? The Challenges to America's National Identity* (2004), dan cuenta de la verosimilitud de este escenario futuro y de su percepción como una amenaza inminente. Aunque el subtítulo de la obra de Huntington no resulta muy afortunado (después de todo los hispanos también son americanos), muestra que lo que está en juego y se pretende defender es una determinada concepción de la identidad nacional, definida por unos valores compartidos que se encarnan en una nación asentada sobre un territorio que le pertenece en exclusiva. Aún en el caso de que este tipo de comunidad haya existido realmente alguna vez, se trata de una concepción cada vez más en entredicho por la diversidad creciente de las sociedades occidentales. De todos modos, no hay que considerar esta reacción como un movimiento de carácter populista, sino que también es el proyecto de una élite representada por Huntington con muchos adeptos entre los tomadores de decisiones. En cualquier caso hay que considerar también estas reacciones adversas como otro de los efectos de la migración internacional y un factor que incidirá en el desarrollo del proceso.

2. Otra consecuencia de este fenómeno es que, a través de la migración, las dinámicas sociales de los países de origen pasan a ser factores relevantes en el desarrollo de las dinámicas sociales de los países de destino, de tal forma que, en la práctica, se convierten en factores endógenos de esas dinámicas. Todo ello implica que las estructuras socioeconómicas y sociodemográficas de los países que acogen la inmigración se vuelven más abiertas al exterior, no sólo porque el flujo migratorio contribuye a su evolución, sino también porque, a través de la emigración, las dinámicas sociales de los países de origen repercuten directamente en la propia dinámica de los países receptores. Con ello no nos referimos tan sólo a situaciones de emergencia, como lo fueron la devastación producida por el huracán Mitch en Centroamérica en 1998, las guerras civiles de los ochenta en esa misma región o los colapsos de la economía mexicana en 1982 y 1994, que en su momento provocaron un incremento notable de la emigración hacia Estados Unidos, sino que principalmente nos referimos a procesos que tienen un carácter estructural.

Uno de los procesos que muestran esta interdependencia estructural sería el de la dinámica demográfica histórica de los países receptores de la migración. En este caso observamos que, a la hora de analizar la evolución de la población, la inmigración no resulta ser un mero complemento del crecimiento vegetativo sino que, para buena parte de estos países, es parte intrínseca del sistema de reproducción de su población. Esta contribución no se limita al incremento poblacional que la inmigración genera directamente, sino que también hay que considerar el aporte posterior que los inmigrantes y sus descendientes hacen al crecimiento natural de la población. Este hecho es evidente en los llamados países de poblamiento, pero también se produce en países, como Francia, que se han caracterizado históricamente por tener unas tasas bajas de fecundidad. En tales casos, el crecimiento de la población se explica en buena medida por la llegada continua de inmigrantes y su doble contribución: al inmigrar y al reproducirse ellos y sus descendientes⁹. Por lo tanto, nos encontramos con una complementariedad demográfica entre países emisores y receptores que es de carácter estructural, aunque históricamente los actores hayan cambiado. En la actualidad los países en vías de desarrollo ocupan el lugar que anteriormente ocuparon, entre otros, algunos países europeos mediterráneos y eslavos. Además, otro elemento que caracteriza la situación actual es que el envejecimiento de la población en los países occidentales sin duda va a profundizar aún más esa complementariedad.

⁹ La demógrafa Anna Cabré (1999) desarrolla esta tesis a partir del caso de Cataluña, que durante un siglo recibió inmigrantes del resto de España y en la actualidad los recibe de otras partes del mundo. La autora muestra que, de las mujeres nacidas entre 1856 y 1960, tan sólo las nacidas entre 1936 y 1950 alcanzaron una tasa neta de reproducción superior a 1. De sus cálculos la autora concluye que, en ausencia de inmigración, la población catalana actual sería de 2.400.000 habitantes en lugar de algo más de 6 millones. Gabriel Estrella, Alejandro I. Canales y María Eugenia Zavala (1999) presentan una tesis similar para el caso de la frontera norte de México.

Por lo que se refiere a la otra parte del binomio, la emigración también cumple un rol fundamental como mecanismo de regulación de la población, ya que permite atenuar los efectos que, tanto las situaciones de estancamiento como las de cambio social tienen para los países con una posición periférica en el sistema económico mundial. Es evidente que una situación de estancamiento y atraso puede provocar emigración, pero los procesos de cambio también pueden tener ese efecto¹⁰. Un ejemplo nos lo proporcionan los procesos de modernización e integración en el circuito económico internacional del aparato productivo de los países en vías de desarrollo. Anteriormente se creía que este tipo de procesos, al promover el desarrollo y el bienestar en los países emigratorios o potencialmente emigratorios, actuarían como un freno a la emigración. Por lo tanto, la ayuda al desarrollo, la inversión extranjera directa y el libre comercio se planteaban como posibles instrumentos para detener esos flujos. Una muestra de la aceptación de esta idea nos la proporciona el hecho de que, siguiendo este planteamiento, la *Immigration Reform and Control Act* de 1986, que endurecía el trato a la inmigración en Estados Unidos, planteó también como medida de acompañamiento la creación de una *Commission for the Study of International Migration and Cooperative Economic Development* en el Congreso, con la misión de recomendar medidas de cooperación económica y ayuda al desarrollo que paliaran los efectos negativos sobre los países de origen de la emigración de un mayor control de las fronteras y, a su vez, que permitieran reducir los flujos. Lo que se ha observado en la realidad (y fue también una de las conclusiones de esa comisión) es que este planteamiento era excesivamente simplista. La inserción de estos países en el circuito económico internacional ha provocado la desestructuración de las comunidades locales tradicionales y recortado los medios de subsistencia de amplias capas de la población, por lo que a menudo ocasiona un incremento de los flujos migratorios hacia otros países¹¹. Basta recordar cómo la industrialización de los países europeos y del Japón estuvo acompañada por emigraciones masivas del campo a la ciudad pero también hacia ultramar.

Un tercer efecto de las migraciones internacionales sobre las fronteras que deseamos destacar, como es la aparición de comunidades transnacionales, se manifiesta de forma más local, aunque su multiplicación la convierte también en un fenómeno muy relevante. Es por ello que en el último apartado analizamos más detenidamente este fenómeno. En todo caso, los dos procesos que acabamos de describir marcan una tendencia irreversible hacia la integración creciente entre países. No obstante, a pesar de que la integración anula la posibilidad de que las fronteras entre estados separen de forma efectiva a los diferentes países, las fronteras tradicionales no han desaparecido sino que, como veremos a continuación, la integración interregional coincide en el tiempo con un fortalecimiento de las fronteras tradicionales entre estados y la imposición de mayores obstáculos a la inmigración.

Viejas y nuevas fronteras

A pesar de que los atentados del 11 de septiembre de 2001 y la subsiguiente guerra contra el terrorismo han provocado un reforzamiento de los controles fronterizos y sobre la inmigración en todos los países occidentales, introduciendo así un nuevo elemento en el proceso que no hemos incorporado en nuestra exposición, los resultados de la migración internacional que acabamos de citar responden a una tendencia de largo alcance y todo parece indicar que sus efectos se van a intensificar en el futuro. En todo caso, la imposición de obstáculos a la migración puede atemperar su desarrollo y probablemente hacer el proceso

¹⁰ Paul Singer (1975) desarrolló esta tesis en profundidad aunque referida a las migraciones campo-ciudad dentro de un mismo país.

¹¹ La tesis de que la movilidad del capital genera migración internacional se encuentra desarrollada en Sassen (1988). Un ejemplo cercano de este proceso lo encontramos en la entrada de inversión extranjera directa en el corredor industrial de El Salto (Jalisco, México). Esta zona industrial era una de las principales fuentes de empleo para el área metropolitana de Guadalajara y contribuía a mantener en niveles bajos la emigración hacia Estados Unidos. Al introducirse la industria maquiladora de exportación, la preferencia por la mano de obra femenina provocó una falta de oportunidades laborales entre los hombres y un aumento significativo de la emigración hacia Estados Unidos.

más conflictivo, pero de ninguna manera lo detendrá. Todo ello podría llevarnos a pensar que la desaparición progresiva de las fronteras como límites al desarrollo de los procesos sociales es una tendencia irreversible o, como mínimo, a que éstas se harán cada vez más difusas de tal manera que constituyan solamente una línea trazada en el mapa pero sin gran impacto sobre la realidad.

Y sin embargo, todo este proceso que acabamos de describir ha coincidido en el tiempo con un progresivo endurecimiento de las leyes de inmigración y con restricciones crecientes al ingreso de nuevos inmigrantes, que recordemos que son anteriores a los atentados del 11 de septiembre. La frontera de México con Estados Unidos en Tijuana-San Diego es un claro ejemplo de esta situación ambivalente. Por un lado se trata del puesto fronterizo más transitado del mundo, como reflejo de la creciente interconexión entre California y México. En algunos aspectos incluso, San Diego y Tijuana constituyen una metrópolis transnacional, con un gran número de mexicanos que cruzan la frontera diariamente para trabajar en el área de San Diego o realizar allí sus compras, así como Tijuana es una zona de ocio habitual para los residentes en San Diego. Al mismo tiempo, la proximidad de San Diego, con su desarrollada infraestructura de servicios a la producción, constituye una importante ventaja comparativa de Tijuana para la atracción de inversión internacional en su industria maquiladora¹². Pero por otro lado, la frontera es una impresionante muralla que se adentra en el mar y en el desierto, y aquellos que intentan cruzarla de forma clandestina son perseguidos implacablemente por la guardia fronteriza. Los dos hechos coexisten en ese espacio y representan una realidad dual: la frontera no existe en la práctica para unos pero sí para otros. En otras palabras, la frontera nunca fue tan permeable, pero al mismo tiempo nunca estuvo tan vigilada como hoy en día¹³.

En todo caso, y a pesar de que el proceso de desaparición de las fronteras no es total sino selectivo y de los crecientes obstáculos a la inmigración, hemos observado cómo la migración es un fenómeno en expansión y cómo contribuye a intensificar el proceso de globalización. Los nuevos obstáculos que se erigen a la inmigración no la detienen, sino que sólo tienen como resultado plantear una mayor dificultad a los inmigrantes y que éstos adopten nuevos métodos para vencerlos, aunque resulten más onerosos o peligrosos. Cuando el cruce a través de las ciudades fronterizas se vuelve infranqueable para los migrantes indocumentados éstos lo emprenden a través del desierto o de las montañas, cuando se intensifica la vigilancia en las costas tradicionales de arribo de inmigrantes lo intentan a través de rutas más largas con destino a otras costas aún sin vigilancia. Pero también en los casos en que logran cruzar la frontera de forma menos dramática, que siguen siendo la mayoría, muchos inmigrantes son condenados a un limbo jurídico de duración indeterminada que limita sus posibilidades vitales y les expone a las peores formas de explotación. Vemos por tanto que las fronteras internacionales tradicionales y las restricciones impuestas por las legislaciones migratorias subsisten para muchos, si no como barrera infranqueable sí por lo menos como obstáculo que hay que vencer. En realidad, la percepción de una desaparición de las fronteras responde a una visión eurocéntrica, ya que éstas subsisten, y más desafiantes que nunca, para la mayor parte de la Humanidad.

Pero además, este tipo de fronteras tradicionales no son más que la primera barrera que encuentra el migrante en su nueva vida, ya que en la práctica, la migración internacional provoca un efecto de desplazamiento de la frontera hacia el interior del país que la recibe. El migrante la porta consigo como un halo que lo rodease, de tal forma que la frontera se vuelve difusa y múltiple, pero siempre abarcando y limitando los movimientos de los inmigrantes. En este proceso de erección de fronteras interiores podemos identificar dos factores clave, que se interrelacionan estrechamente y son los que explican su existencia. Por un lado la segmentación y polarización del empleo y los procesos de flexibilización y desregulación de éste,

¹² Un análisis sobre la integración en estas regiones fronterizas en Alegría (1992) y en Herzog (1990).

¹³ Para no quebrar la rotundidad de la frase nos hemos visto forzados a incurrir en una tergiversación histórica. En realidad, hasta la Gran Depresión la frontera de Estados Unidos con México era traspasada con total facilidad por los temporeros mexicanos que se dirigían a trabajar en Estados Unidos. Asimismo, los numerosos *westerns* en que los indios y los forajidos cruzaban la frontera con México para ponerse a salvo muestran que este tipo de cruce irregular se producía en los dos sentidos.

que es una característica del nuevo mercado de trabajo surgido con la reestructuración productiva en los países occidentales. Por otro lado, la segregación étnica y cultural de la migración mexicana en Estados Unidos, que provoca que con esta comunidad no se siga el patrón clásico de asimilación de otras oleadas migratorias anteriores.

Migración y empleo en la sociedad postindustrial

Por lo que se refiere a la relación entre estructura ocupacional e inmigración, debemos prestar atención a los cambios que la globalización ha introducido en las formas organizativas del trabajo y como la fuerza de trabajo inmigrante ha jugado un papel protagonista en estos cambios. Sin negar la importancia de los factores culturales a la hora de interpretar la integración de los inmigrantes en la sociedad de acogida, consideramos que al hallarse el proceso de trabajo en el núcleo de la estructura social la función que desempeñe en ese proceso determinará la forma en que la inmigración va a insertarse en la nueva sociedad. No obstante, no vamos a entrar en los pormenores de la nueva organización del trabajo, sino que nos centraremos sólo en aquellos aspectos que tengan más relevancia con respecto a nuestro tema¹⁴.

Una de las características de la nueva estructura ocupacional, resultante del proceso de desregulación y flexibilización de las relaciones laborales, es la creciente polarización de la estructura ocupacional. Por un lado asistimos a la expansión de puestos ejecutivos, profesionales y técnicos caracterizados por basarse en el procesamiento de información, que se convierten en el núcleo y la cúspide de la nueva estructura ocupacional. Pero a la vez también hay un aumento de las ocupaciones en servicios inferiores y menos cualificados, que se concentran básicamente en los llamados *servicios personales*. Aunque no podamos desarrollar ahora este punto, este incremento en el número de ocupaciones de bajo nivel destinadas a mejorar la calidad de vida de otras personas es el contrapunto necesario a la expansión de las ocupaciones en la cima de la estructura ocupacional, ya que con este crecimiento del número de personas con un alto nivel adquisitivo se genera una mayor demanda de trabajo en servicios personales, tanto cualificados (diseñadores de interiores, psicoanalistas, veterinarios de mascotas...) como no cualificados (servicios de limpieza y de mantenimiento, trabajos en puestos de "comida y bebida", cuidado de personas dependientes...) ¹⁵.

Además de esta demanda creciente de fuerza de trabajo no calificada en los servicios, se produce otro fenómeno que tiene como protagonista a los inmigrantes. Nos referimos a las nuevas condiciones de empleo en muchas ramas industriales y en la construcción, que surgen como resultado de los procesos de desregulación contractual y flexibilidad laboral, y que se extienden incluso a casi todos los sectores de punta. En efecto, la externalización de servicios y de fases de la producción que están llevando a cabo las empresas provoca una precarización creciente de los puestos de trabajo no cualificados, sin posibilidades de capacitación y que se basan en la realización de tareas repetitivas. En el caso de las industrias que aún se rigen por formas fordistas de organización del proceso de trabajo asistimos también a una expansión de las formas de contratación más precarias y temporales, cuando no directamente ilegales¹⁶. Todo ello responde a una estrategia de las empresas para enfrentar los retos de la competencia global sin tener que asumir los costos de la innovación tecnológica o de la deslocalización. Esta degradación de las condiciones laborales (*casualization*, en términos de Sassen y Smith) expulsa a la mano de obra local de estos puestos de trabajo, siendo reemplazada por fuerza de trabajo inmigrante contratada en peores condiciones laborales. En este caso, a diferencia de los servicios personales, no podemos hablar de una creación neta de empleo, ya que el empleo industrial está disminuyendo en términos relativos (y a menudo también en términos absolutos) en los

¹⁴ El marco teórico de nuestra exposición se halla en Castells (2000), Sassen (1991 y 1998), Piore (1979) y Beck (2000).

¹⁵ Recordemos las dificultades que tuvo el presidente Bill Clinton para encontrar una candidata al cargo de *General Attorney* que nunca hubiera contratado una inmigrante indocumentada como asistente.

¹⁶ Algunos ejemplos norteamericanos de este proceso de reemplazo de mano de obra local por mano de obra inmigrante que trabaje en peores condiciones están documentados en Colón-Warren (1994), Zolniski (1994), Fernández Kelly y García (1987) y Sassen y Smith (1992).

países occidentales, sino de una demanda creciente de inmigrantes para esos empleos, derivada de la precarización de sus condiciones contractuales.

En realidad, las oleadas anteriores de inmigrantes también se vieron sometidas a condiciones de precariedad y explotación similares¹⁷, pero lo que caracteriza la situación actual es que la flexibilidad y polyvalencia laborales que se observa entre los inmigrantes no es tan sólo una estrategia de supervivencia de las familias empobrecidas por la reestructuración productiva, sino también, y fundamentalmente, el resultado de unos patrones de transformación del aparato productivo de la economía estadounidense. En el pasado este tipo de ocupaciones de bajo nivel habían proporcionado un empleo modesto a los migrantes anteriores, pero al tener un carácter estable y ser catalogadas socialmente como honestas, permitían una asimilación completa en el transcurso de una o dos generaciones. En la actualidad la situación ha cambiado radicalmente, ya que aunque la estructura ocupacional es ascendente a lo largo del tiempo (el crecimiento de la cuota asignada a las ocupaciones que requieren mayor preparación y educación superior sigue siendo más elevado que el de las categorías de nivel inferior), lo que se produce es una asignación automática de los trabajadores en determinadas ocupaciones y sectores de la producción en razón de sus características sociodemográficas, especialmente su género, su etnia o su condición migratoria. Es decir, aunque es evidente que la estructura ocupacional siempre ha producido algún tipo de desigualdad, hay factores de carácter cultural que limitan la movilidad de algunos trabajadores y los confinan a determinados lugares dentro de esa estructura. Es por ello que se observa un importante incremento de trabajadores inmigrantes en empleos como limpieza y mantenimiento de edificios, jardineros, lavaplatos, empleados en restaurantes, limpieza de casas, empleadas domésticas y otras ocupaciones similares de baja calificación. Además, la asignación automática por motivos culturales de los inmigrantes a este tipo de empleos provoca un monopolio de la demanda que contribuye a precarizar aún más sus condiciones de trabajo.

El resultado de todo ello es la configuración de un mercado de trabajo de carácter asimétrico. La posición de vulnerabilidad extrema de los trabajadores inmigrantes los pone a merced de sus empleadores, por lo que deben aceptar el precio y condiciones que éstos les ofrezcan sin ninguna capacidad de negociación. Recordemos que esta posición de vulnerabilidad no se derivaba de factores económicos, sino de factores que, como su condición migratoria, son de origen extraeconómico. Este hecho muestra la insuficiencia de los enfoques clásicos de la migración que la interpretaban a raíz de desequilibrios locales en el mercado de trabajo que se resolvían a partir de una transferencia de factores, en este caso del factor trabajo. Si bien, esto es una parte de la explicación, conviene destacar que el funcionamiento de este mercado de trabajo para inmigrantes está regido por unas relaciones de poder asimétricas (o más asimétricas que las que rigen para los trabajadores locales) que tienen su origen en factores extraeconómicos. Recogiendo la formulación de Max Weber, Jorge Bustamante analizó las características de este *mercado imperfecto* de trabajo, en el cual la vulnerabilidad impuesta a los inmigrantes les priva del poder de negociación que se derivaría de su condición de elemento imprescindible para el normal funcionamiento de la economía norteamericana¹⁸.

A partir de esta segmentación en el mercado de trabajo se cimienta una segmentación más amplia de la población en categorías económicas, sociales y culturales diferenciadas. Si bien los distintos estratos

¹⁷ Recordemos la observación de Tocqueville, expresada en una fecha tan temprana como principios del siglo XIX, sobre el destino laboral de la inmigración europea en Estados Unidos. "On se figure généralement que les déserts de l'Amérique se peuplent à l'aide des émigrants européens qui descendent chaque année sur les rivages du Nouveau Monde, tandis que la population américaine croît et se multiplie sur le sol qu'ont occupé ses pères: c'est là une grande erreur. L'Européen qui aborde aux États-Unis y arrive sans amis et souvent sans ressources; il est obligé, pour vivre, de louer ses services, et il est rare de lui voir dépasser la grande zone industrielle qui s'étend le long de l'Océan. On ne saurait défricher le désert sans un capital ou du crédit; avant de se risquer au milieu des forêts, il faut que le corps se soit habitué aux rigueurs d'un climat nouveau. Ce sont donc des Américains qui, abandonnant chaque jour le lieu de leur naissance, vont se créer au loin de vastes domaines. Ainsi l'Européen quitte sa chaumière pour aller habiter les rivages transatlantiques, et l'Américain qui est né sur ces mêmes bords s'enfonce à son tour dans les solitudes de l'Amérique centrale. Ce double mouvement d'émigration ne s'arrête jamais: il commence au fond de l'Europe, il se continue sur le grand Océan, il se suit à travers les solitudes du Nouveau Monde. Des millions d'hommes marchent à la fois vers le même point de l'horizon: leur langue, leur religion, leurs mœurs diffèrent, leur but est commun. On leur a dit que la fortune se trouvait quelque part vers l'Ouest, et ils se rendent en hâte au-devant d'elle" (*De la démocratie en Amérique* [1835], 13ª edición).

¹⁸ El desarrollo completo de esta tesis se puede consultar en Bustamante (1997), en especial las páginas 238-256.

ocupacionales se configuran siguiendo la lógica económica dictada por el proceso de desregulación y flexibilización laboral, la composición de cada uno de estos segmentos no se rige por una lógica estrictamente económica, sino en función de procesos de diferenciación social extra-económicos, en especial factores de diferenciación cultural, étnica, demográfica, de género y de condición migratoria. Estos factores de diferenciación social constituyen la base de las nuevas fronteras interiores que surgen con el proceso de globalización, y que contribuyen a la segmentación de la estructura social en la sociedad informacional.

Con base en estos factores de diferenciación social y en su inserción diferenciada en el mercado de trabajo, se configuran grupos de población con niveles distintos de vulnerabilidad, una situación que se agrava por un contexto en el que los mecanismos de negociación política y social que surgieron en la sociedad industrial, y que tomaron forma en el Estado del Bienestar, han dejado de operar para los grupos más vulnerables. Este es el mecanismo por el que se crean minorías sociales y culturales como la de los inmigrantes (pero también mujeres cabeza de familia por ejemplo), cuya vulnerabilidad construida socialmente se traslada al mercado laboral bajo la forma de una desvalorización de su fuerza de trabajo, lo que implica también una desvalorización de sus condiciones de vida y reproducción. Como podemos observar, la pobreza y precariedad de estos trabajadores no son el resultado de su exclusión del mercado de trabajo sino que, al contrario, son la consecuencia de la forma en que se integran en el mundo laboral. Y es que en el actual marco de desregulación económica y flexibilidad laboral, la modernización genera y reproduce sus propias formas de pobreza, ya que la condición de vulnerabilidad social de los individuos (por su pertenencia a una minoría social, demográfica o cultural) deja de ser un factor que les exponga a una posible exclusión económica para convertirse en la condición necesaria para su inclusión. Por lo tanto, resulta dudoso que el proceso actual de modernización permita superar la pobreza y la desigualdad social, por cuanto éstas, lejos de constituir remanentes de sociedades premodernas, son una parte intrínseca de la misma globalización. En este contexto, las comunidades transnacionales desarrolladas por los inmigrantes adquieren una particular relevancia.

Migración, transnacionalismo y fronteras interiores

Si bien los fenómenos anteriores afectan al conjunto de la estructura social de los países occidentales, encontramos también otro resultado de la migración internacional que tiene su origen en factores de carácter microsociales y se manifiesta a una escala local: la aparición de *comunidades transnacionales*. A pesar de que los movimientos de población tienen sus causas más profundas en factores estructurales, también hay que tener en cuenta que son el resultado de un agregado de migraciones individuales cuyos protagonistas toman sus decisiones a partir de los elementos de su entorno más inmediato. La mayor parte de estas migraciones individuales están determinadas en la práctica por la existencia de redes familiares y comunitarias, que fijan un itinerario y un destino geográfico (y a menudo laboral) concretos a la emigración. Aunque desde siempre se ha documentado que los miembros de una misma comunidad acostumbran a emigrar y establecerse en el mismo lugar, con lo cual tienden a constituir una microsociedad en el país de destino que reproduce la misma comunidad de la que proceden, en la actualidad este fenómeno manifiesta una mayor complejidad.

En los enfoques clásicos sobre migración se distinguía entre migración temporal y definitiva. En este último caso se consideraba que, aunque los inmigrantes mantuvieran estrechos contactos con sus países de origen, su voluntad era la de establecerse e integrarse en su *país de adopción*, por lo que dichos contactos irían debilitándose en el tiempo hasta llegar a una asimilación (*americanization*) completa del grupo. Esta asimilación no implica que la vinculación con el país de origen desaparezca necesariamente ni que los inmigrantes renuncien a todas sus costumbres, por lo que la inmigración tiene efectos sobre la idiosincrasia de la sociedad de acogida. Recordemos que aunque en su origen los Estados Unidos fueron el refugio de varias sectas protestantes perseguidas en Inglaterra¹⁹ y esto ha modelado su imaginario colectivo, en la

¹⁹ Curiosamente el estado de Maryland fue fundado por refugiados católicos, también perseguidos en Inglaterra en aquella época.

actualidad cuenta con una numerosa población católica como resultado de la inmigración irlandesa, italiana, polaca y de otros países en que esta religión es mayoritaria. Otro ejemplo lo constituye la política de Estados Unidos con respecto al conflicto del Ulster, marcada por su numerosa población de origen irlandés. No obstante, el mantenimiento de estos vínculos no supone un cuestionamiento de la integración ni del *American dream*, sino que a menudo pasan a engrosar el acervo cultural de Estados Unidos (los desfiles del día de San Patricio, la *pizza*, los artistas de origen judío...).

Por el contrario, la migración mexicana se había considerado tradicionalmente como un ejemplo típico de migración temporal. Aunque muchos migrantes mexicanos llegaron a asentarse en Estados Unidos a lo largo del siglo XX, la mayoría no tenía el proyecto de integrarse allí. En realidad se podría decir que los migrantes vivían en los circuitos migratorios a los que aludíamos anteriormente, más que en una localización concreta, pero manteniendo su identidad nacional mexicana. A partir de los años ochenta, no obstante, se introduce un cambio significativo: muchos de estos circuitos migratorios han llegado a convertirse en comunidades transnacionales, como resultado de que la *densidad* de los movimientos y lazos sociales extiende la comunidad de origen a todos los lugares donde se encuentren sus migrantes.

El resultado es que la reproducción de las comunidades de origen en México está directa e intrínsecamente ligada a los distintos asentamientos de sus migrantes en barrios urbanos y pueblos rurales de los Estados Unidos. Es decir, se trata de una misma comunidad pero dispersa en varias localizaciones. Esta nueva forma social y espacial de las comunidades que crea el proceso migratorio hace necesaria una reformulación del concepto tradicional de migración y de migrante. De entrada, en estos casos la migración ya no implica un cambio radical de contexto socioeconómico, sino que el migrante pasa a vivir en una localización diferente de su misma comunidad pero con las mismas formas de reproducción social. Con independencia de que ambos asentamientos estén separados por miles de kilómetros y por una frontera internacional, siguen formando una misma comunidad y ello permite que sus residentes no sólo mantengan su identidad nacional original, sino también la local. De esta forma, suele suceder que un vecindario de inmigrantes sostenga una interrelación más estrecha con su comunidad de origen que con las circundantes²⁰.

Las consecuencias de todo esto para las comunidades de origen son bastante importantes, aunque existe un debate alrededor de si los efectos son positivos o negativos. Hasta los años ochenta se enfatizaban los efectos negativos, aduciendo que la emigración recortaba la mano de obra disponible, exacerbaba las desigualdades sociales y generaba dependencia (el famoso “síndrome de la migración” acuñado por Reichert (1981)), lo que restringía las posibilidades de un desarrollo local endógeno. Desde entonces, no obstante, se ha tendido a destacar los impactos positivos, en especial el potencial de las remesas enviadas por los migrantes cuando se destinan a la inversión productiva. Se trata de un punto de vista compartido por los organismos internacionales de ayuda al desarrollo que intentan fomentar esta vía para el desarrollo de los países emigratorios²¹.

En todo caso, lo que nos interesa destacar es que en el marco de la nueva estructura productiva y ocupacional de los países occidentales que hemos descrito anteriormente, las comunidades transnacionales adquieren un significado especial. Las redes sociales de reciprocidad, confianza y solidaridad sobre las que se basan funcionan también como un mecanismo para afrontar la vulnerabilidad social que se deriva de su condición de inmigrantes. Los trabajadores inmigrantes, marginados en un contexto de desigualdad y precariedad generado por el proceso de globalización, desarrollan formas de respuesta (aunque no de “salida”) a dichos procesos replegándose sobre sus propias comunidades. En este sentido, su articulación a

²⁰ Para una visión general sobre las comunidades transnacionales véase las obras colectivas de Glick Schiller, Basch y Blanc-Szanton (1992), Mummert (1999) y Smith y Guarnido (1997). Otros dos trabajos sobre comunidades transnacionales desde una perspectiva antropológica son Kearney y Nagengast (1989) y Smith (1995). Se puede consultar una síntesis de estos trabajos en Canales y Zolniski (2001).

²¹ Se puede hallar una excelente revisión crítica de la literatura sobre este tema en Durand y Massey (1992), con una visión general positiva sobre el papel de la emigración en el desarrollo de las comunidades de origen, y en Binford (2002), con una perspectiva algo más escéptica. Para una discusión sobre el papel económico de las remesas en el caso de México véase Canales y Montiel (2004).

través de comunidades transnacionales les proporciona mecanismos de defensa para enfrentar situaciones de vulnerabilidad como son los riesgos del traslado, los costos del asentamiento, la búsqueda de empleo, la inserción social en las comunidades de destino o la reproducción cotidiana de la familia en las comunidades de origen. Todas estas necesidades se consiguen resolver gracias a los recursos que proporciona el sistema de redes y relaciones sociales que configuran las comunidades transnacionales.

La transnacionalización, por tanto, es un resultado del comportamiento que adoptan los trabajadores migrantes para enfrentar su inserción subordinada en el proceso de globalización del trabajo, marcada por un reforzamiento de las fronteras tradicionales entre estados y, sobre todo, por la existencia de fronteras interiores que limitan sus posibilidades laborales y vitales. Pero a pesar de ser un mecanismo para encarar la existencia de fronteras interiores, tiene también el efecto de difuminar las fronteras entre estados. Por lo que se refiere a la identidad social de los migrantes, las comunidades transnacionales se basan en un sentido de “pertenencia” de condición muy distinta al de ciudadanía. Se trata de la configuración de una identidad que está antes, pero también más allá de la ciudadanía, una transnacionalización del sentido de comunidad por encima de las fronteras nacionales. De esta forma, los migrantes mexicanos residentes en Estados Unidos, mantienen e incrementan los vínculos con sus comunidades de origen aún después de su asentamiento legal, estable y definitivo. Para ellos la posible integración en el país de destino no implica una renuncia a sus comunidades de origen, ya que la pertenencia a éstas es más profunda y vital que las pertenencias construidas políticamente. En muchos casos incluso, la integración no es sino una forma de defender y mantener los lazos comunitarios con mayores garantías.

En definitiva, las redes sociales y las comunidades transnacionales, que constituyen el *capital social* de los migrantes, tienen dos caras. En el “debe”, en tanto estrategias de respuesta pero no de “salida”, son también una forma de reproducción de las condiciones de subordinación social generadas por la globalización. Es decir, permiten la reproducción social de los inmigrantes en un entorno hostil, pero al no cuestionar el sistema de estratificación social que genera la vulnerabilidad de los migrantes, permite que este sistema se perpetúe. Es más, al ser un mecanismo que garantiza su reproducción social, se revela también como funcional para un sistema que se basa en la sobreexplotación de los migrantes.

Por lo que se refiere al “haber”, en tanto campo de acción alternativo las comunidades transnacionales pueden también constituir ámbitos sociales desde los que los migrantes (que generalmente ocupan una posición subalterna tanto en sus países de origen como de destino) puedan trascender los reducidos marcos de negociación impuestos por la globalización y por la pervivencia de fronteras. Un ejemplo lo constituyen las denominadas *home town associations*, popularmente conocidas como “clubes de migrantes”. Estas asociaciones surgieron originalmente como una organización de paisanos para celebrar festividades y mantener algunas tradiciones de sus comunidades de origen, así como mecanismos de ayuda mutua y solidaridad. Rápidamente, sin embargo, extendieron sus actividades hacia sus comunidades de origen, especialmente a través de la canalización de recursos financieros y materiales a las comunidades de origen y el mejoramiento de las condiciones de vida de sus paisanos. Estas actividades han elevado a estos inmigrantes a la categoría de actores políticos con capacidad de negociar *vis-à-vis* con las autoridades mexicanas, especialmente en los niveles estatal y local. Por otro lado, algunas de estas asociaciones han adoptado un perfil político también en el país de destino, defendiendo activamente los derechos económicos, laborales, humanos y políticos de sus paisanos en Estados Unidos. Muchas veces esta actividad se realiza mediante el establecimiento de coaliciones con organizaciones comunitarias, sindicatos, organizaciones no gubernamentales y otras asociaciones civiles que defienden los derechos de la población de Estados Unidos en general, lo cuál también constituye una vía activa de inserción en el país de destino.

A grandes rasgos estas son las características de las comunidades transnacionales y del marco en el que se insertan. Sin embargo, las relaciones que se establezcan entre esas comunidades y la sociedad de acogida no están predeterminadas, sino que dependerán, en cierta medida, de las decisiones que adopten los

distintos actores y de los modelos de integración que se vayan desarrollando en cada caso particular. En este sentido, podemos prefigurar distintos escenarios de integración, no exentos de tensiones y conflictos.

Por un lado, las comunidades transnacionales podrían diluirse como el hielo en un balde de agua, de tal forma que aumenten la cantidad de agua pero sin provocar cambios en el contenido. Pero también podemos pensar en un comportamiento similar al del azúcar, esto es, que las comunidades transnacionales terminen disolviéndose en la sociedad de acogida, pero aportando un nuevo “sabor” a su cultura e identidad (“endulzando” la sociedad norteamericana en este caso). En otras palabras, se trata de un modelo de integración en donde la sociedad de acogida no sólo integra a los inmigrantes, sino también a su cultura, transformándose ella misma en ese proceso. Otra posibilidad es que se produzca una evolución similar a la de una roca en el mismo balde de agua, de tal modo que se mantuviera a largo plazo una separación estricta entre ambos elementos. Aunque por efecto de la erosión de forma progresiva se irían desgajando pedazos de la comunidad transnacional, nunca llegarían a ser absorbidos o asimilados por la sociedad de acogida. Mucho más improbable, sin embargo, nos parece una integración similar a la de una esponja, como parece prever Huntington, en la que la comunidad transnacional acabara absorbiendo y ocupando el lugar de la comunidad que se hallaba previamente.

Conclusiones

A pesar de nuestros intentos de sistematización de la realidad, ésta siempre irá un paso por delante. En el caso de la migración internacional, la integración creciente entre países provocada por la globalización ha dejado obsoletas muchas de las teorías y conceptos a partir de los cuáles se había abordado el fenómeno, ya que las migraciones adoptan nuevas formas que se resisten a ser encorsetadas en los moldes clásicos. Al contrario de experiencias anteriores, no son el resultado de desequilibrios puntuales o cíclicos en el mercado de trabajo de los países occidentales o de la necesidad de colonizar, ni los inmigrantes se asimilan adoptando la identidad nacional de la sociedad de destino. En la actualidad, las nuevas condiciones de la producción en las sociedades occidentales hacen que la demanda de fuerza de trabajo migrante para realizar trabajos precarios y de baja calificación sea de carácter permanente. El desarrollo de circuitos migratorios permite alimentar de forma ininterrumpida tal necesidad de fuerza de trabajo, pero de forma inevitable el incremento de los flujos, junto a las condiciones de vulnerabilidad de los migrantes, deriva en la aparición de comunidades transnacionales, lo que a su vez configura nuevas formas de integración de la migración.

En este marco, el transnacionalismo no es tan sólo un fenómeno social emergente, sino que también se erige como un paradigma que nos permite interpretar las peculiaridades de la migración internacional en la era de la globalización. Es por ello que el desarrollo de este nuevo paradigma es uno de las principales necesidades de las ciencias sociales a la hora de abordar el fenómeno de la migración internacional. No obstante, a partir de nuestros conocimientos actuales sí se pueden trasladar algunas conclusiones de contenido político que podrían hacer que la intensificación de las migraciones internacionales y la aparición de comunidades transnacionales, en tanto que fenómenos históricos de carácter irreversible, se desarrollaran de la forma menos traumática posible.

1. Como hemos observado, en el mundo actual se producen dos fenómenos paralelos: la práctica desaparición de las fronteras en cuanto obstáculos a la movilidad para unos y el endurecimiento de las fronteras para otros. Mientras que el primero responde a una adaptación necesaria al proceso de globalización, el segundo no es más que un intento estéril de detener un proceso irreversible. Es necesario tomar conciencia de que el proceso de integración es irreversible y de las ventajas que puede generar. Sería conveniente, por tanto, profundizar más en el análisis de los beneficios que se derivan de una mayor movilidad de la fuerza de trabajo, como ejercicio pedagógico hacia la opinión pública de los países occidentales que sentara las bases políticas y sociales para una integración menos traumática de los inmigrantes. El creciente envejecimiento de los países occidentales

(especialmente Japón y Europa) por ejemplo, muestra que una mayor movilidad de la fuerza de trabajo no sólo es inevitable, sino necesaria.

2. A pesar de los obstáculos que se imponen a la inmigración, los migrantes se han erigido en uno de los principales protagonistas de la globalización. Es cierto que el proceso de globalización tiene luces y sombras, pero una correcta gestión del mismo podría garantizar una mayor calidad de vida para todos minimizando sus costes. Por lo tanto, es totalmente injusto que, debido a los obstáculos a la entrada de inmigrantes y a su sobreexplotación laboral, éstos deban asumir una parte tan desproporcionada del costo del proceso de globalización. En muchos de los países emigratorios, por ejemplo, las remesas que mandan los migrantes internacionales a sus hogares en el país de origen superan en volumen a la inversión extranjera directa (por no hablar de la ayuda al desarrollo). Por tanto, son los migrantes quienes están contribuyendo en mayor medida al desarrollo y al bienestar de sus países de origen. Facilitar el envío de remesas y reducir las comisiones en estas operaciones no sólo se debería considerar un ejercicio de decencia, sino también como una forma eficaz de ayuda al desarrollo.
3. A partir de la configuración del aparato productivo, principalmente por la asignación automática de los migrantes a determinadas ocupaciones y sectores, se erigen fronteras interiores. Estas fronteras no son una necesidad del aparato productivo, sino que responden a unos prejuicios ideológicos que permiten obtener unas plusvalías abusivas basadas en la sobreexplotación de la fuerza de trabajo migrante. Es por ello que aunque las relaciones de poder en el mercado de trabajo acostumbran a ser asimétricas en favor de los empleadores, en el caso de los trabajadores migrantes esta situación se acentúa. Más aún en el caso de los migrantes indocumentados, que no se pueden acoger a las garantías de que gozan el resto de trabajadores. Teniendo en cuenta que la necesidad de fuerza de trabajo migrante es una característica intrínseca de los mercados de trabajo de los países occidentales, la permanencia de esta situación parece responder a la voluntad de mantener a los inmigrantes en unas condiciones que faciliten su sobreexplotación laboral. Aunque la resolución de este problema es compleja, las medidas de afloramiento de la economía sumergida mejorarían significativamente las condiciones de vida de buena parte de los trabajadores migrantes.
4. En particular, creemos que la caracterización actual de la migración como un proceso de conformación de campos transnacionales hace inútil la pretensión de los estados de querer restringir la movilidad de las personas. En primer lugar, porque la forma en que los actores participan en y de la migración es cada vez más amplia y diversa, lo que imposibilita un control estricto de la inmigración y más cuando este control está orientado a su reducción. Y en segundo lugar, porque este campo transnacional no se reduce a la movilidad de personas, sino también, y de modo fundamental, a un sistema de redes de intercambio y movilidad de bienes materiales y simbólicos. Ante esta situación de hechos consumados y ante la necesidad de aminorar las posibles tensiones y conflictos del proceso, las políticas de integración deberían girar en torno a dos ejes: una revisión de la concepción de ciudadanía que de cuenta de la nueva realidad multicultural de los países occidentales y un combate vigoroso a las formas de exclusión que padecen los inmigrantes, aunque para ser realmente efectivo este último sin duda requeriría de cambios en profundidad en el modelo productivo. En este sentido, y de acuerdo con el protagonismo que las nuevas formas de gestión de las políticas públicas otorgan a la sociedad civil, sería deseable reconocer a las instituciones y actores que forman parte de las comunidades transnacionales como interlocutores sociales en la toma de decisiones.

Bibliografía

Alegría, Tito (1992): *Desarrollo urbano en la frontera México-Estados Unidos: una interpretación y algunos resultados*. México DF; Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Beck, Ulrich (2000): *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Barcelona; Paidós.

Binford, Leigh (2002): «Remesas y Subdesarrollo en México», en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad* 90, vol. XXIII: 115-158.

Bustamante, Jorge A. (1997): *Cruzar la línea. La migración de México a Estados Unidos*. México DF; Fondo de Cultura Económica.

Cabré, Anna (1999): *El sistema català de reproducció*. Barcelona; Proa.

Canales, Alejandro I. (2003): «Mexican labour migration to the United States in the age of globalisation», en *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 29 (4): 741-761.

Canales, Alejandro I. (2000): «Migration internationale et flexibilité du travail dans le contexte de l'ALÉNA», en *Revue Internationale des Sciences Sociales*, 165: 463-474.

Canales, Alejandro I. e Israel Montiel (2004): «Remesas e Inversión Productiva en Comunidades de Alta Migración. El caso de Teocaltiche, Jalisco», en *Migraciones Internacionales* 2 (3): 142-172.

Canales, Alejandro I. y Christian Zolniski (2001): «Comunidades transnacionales y migración en la era de la globalización», en *La Migración internacional y el desarrollo en las Américas*. Santiago de Chile; CEPAL, BID, OIM y FNUAP.

Castells, Manuel (2000) [1ª edición 1996]: *The Rise of the Network Society*. Malden, Massachusetts; Blackwell Publishing.

Castles, Stephen y Mark J. Miller (2003) [1ª edición 1993]: *The Age of Migration: International Population Movements in the Modern World*. Londres; Macmillan.

Colón-Warren, Alice (1994): «Puerto Rican Women in the Middle Atlantic Region: Employment, Loss of Jobs and the Feminization of Poverty», en Torre, Carlos Antonio, Hugo Rodríguez Vecchini y William Burgos (eds.): *The Commuters Nation. Perspectives on Puerto Rican Migration*. Puerto Rico, Editorial de la Universidad de Puerto Rico.

Durand, Jorge y Douglas Massey (2003): *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*. México DF; Porrúa-Universidad Autónoma de Zacatecas.

Durand, Jorge y Douglas Massey (1992): «Mexican Migration to the United States: A Critical Review», en *Latin American Research Review* 27: 3-43.

Estrella Valenzuela, Gabriel, Alejandro Canales Cerón y María Eugenia Zavala de Cosío (1999): *Ciudades de la frontera norte: Migración y Fecundidad*. Mexicali, Baja California, México; Universidad Autónoma de Baja California.

Fernández Kelly, María Patricia y Anna M. García (1987): *Economic restructuring in the United States: the case of Hispanic women in the garment and electronics industries in Southern California*. San Diego; California; Center for US-Mexican Studies, University of California at San Diego.

Glick Schiller, Nina, Linda Basch y Christina Blanc-Szanton (eds.) (1992): *Towards a Transnational Perspective on Migration*. Annals of the New York Academy of Sciences, vol. 645.

- Herzog, Lawrence (1990): *Where North Meets South. Cities, Space and Politics on the U.S.-Mexico Border*. Austin, Texas; Center for Mexican American Studies, University of Texas at Austin.
- Huntington, Samuel (2004): *Who are we? The Challenges to America's National Identity*. Nueva York; Simon & Schuster.
- Kearney, Michael y Carole Nagengast (1989): *Anthropological Perspectives on Transnational Communities in Rural California*. Davis, California; California Institute for Rural Studies.
- Mummert, Gail (ed.) (1999): *Fronteras fragmentadas*. Zamora, Michoacán, México; El Colegio de Michoacán/CIDEM.
- Myrdal, Gunnar (1958): *Economic Theory and Under-Developed Regions*. Londres; G. Duckworth.
- Pellegrino, Adela (2004): *Migration from Latin America to Europe: Trends and Policy Challenges*. IOM Migration Research Series 16. Ginebra, Suiza; International Organization for Migration.
- Piore, Michael (1979): *Birds of Passage: Migrant Labor and Industrial Societies*. Nueva York; Cambridge University Press.
- Portes, Alejandro y Rubén G. Rumbaut (1997) [1ª edición 1990]: *Immigrant America*. Berkeley, California; University of California Press.
- Reichert, Joshua (1981): «The Migration Syndrome: Seasonal U.S. Wage Labor and Rural Development in Central Mexico», en *Human Organization* 40 (1): 56-66.
- Sassen, Saskia (1998): *Globalization and Its Discontents*. Nueva York; The New Press.
- Sassen, Saskia (1991): *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton, New Jersey; Princeton University Press.
- Sassen, Saskia (1988): *The Mobility of Labor and Capital*. Cambridge, Reino Unido; Cambridge University Press.
- Sassen, Saskia y Robert Smith (1992): «Post-industrial growth and economic reorganization: their impact on immigrant employment», en Bustamante, Jorge A., C. Reynolds y R. Hinojosa (eds.): *US-Mexico Relations: Labor Market Interdependence*. Palo Alto, California; Stanford University Press.
- Singer, Paul (1975): "Migraciones internas: consideraciones teóricas para su estudio", en *Economía política de la urbanización*. México DF; Siglo XXI Editores.
- Smith, Michael Peter y Luis E. Guarnizo (eds.) (1997): *Transnationalism from Below*. Somerset, New Jersey; Transaction Publishers.
- Smith, Robert (1995): *Los Ausentes Siempre Presentes: The Imagining, Making, and Politics of a Transnational Community between New York and Ticuani, Puebla*, Ph.D. Dissertation in Political Science. Columbia University.
- Tapinos, Georges y Daniel Delaunay (2000): «Peut-on parler d'une mondialisation des migrations internationales ?», *Mondialisation, migrations et développement*. Conférences de l'OCDE.
- Zolniski, Christian (1994): «The Informal Economy in an Advanced Industrialized Society: Mexican Immigrant Labor in Silicon Valley», en *The Yale Law Journal* 103 (8): 2305-2335.